

RELATOS



EL PRINCIPIO DEL OLVIDO

«Si nos callamos, todo habla» (proverbio)

(A Daniel Segura Bonnet)



:: ILUSTRACIÓN JOSÉ IBARROLA

POR RAFAEL
GOMEZ
SALES

Con una puntualidad impersonal, el pintor acude a la inauguración de la muestra de su última pintura, en un sobrio edificio del gobierno con esquinas herrumbrosas, pero imponente y rotundo. La sala de exposiciones atesora dos años de su labor, entre la que se enraizaban los rumores de una crisis creativa. La comisaria le recibe efusivamente, con un pañuelo colorido en el cuello que se asemeja a las plumas de las aves del paraíso. Le dedica una incisión «enhorabuena», «sobre todo por el cuadro», confiesa con un matiz de resentimiento, «que usted nos recomendó que colocáramos en habitación aparte, alejado de los demás».

La referencia al óleo le recuerda al mejor aprendiz de su taller de pintura. La imagen que quedó de él está pulida con detalles como la extraña transparencia de las manos, donde sus venas se retorcián con el color del caudal de un río contaminado. Una sonrisa sarcástica redondeaba su faz y el cabello resquebrajaba la visión de sus ojos. Era portador de un silencio asfixiante, que infiltraba el ansia por un silencio más definitivo.

Dentro de poco las salas estarán llenas de trayectorias azarosas. Los asistentes enhebrarán con su presencia un imperceptible microcosmos de sonidos y miradas, a través del que será difícil prestar atención a la obra. Sin embargo, él escuchará interpretaciones novedosas que nunca supuso sobre sus creaciones y su recorrido artístico será un legado de vanidades. Seguro que coincidirán en las virtudes del óleo aislado, de medida cinco por tres metros, con el que no quiere enfrentarse.

Por su destaralado estudio concurren los alumnos más variopintos, enajenados por una ambición que carcome sus vidas. Pintan reproducciones exánimes o repetidas novedades que transitan un terreno hueco. Son alumnos a los que el maestro no ha sabido contagiarles la tristeza que desvena una vez terminado el lienzo, cuando la pincelada final aleja la obra de la pasión que llevó a pintarla, y la angustia toma la forma de una goma que succionara la sangre.

Su mejor alumno se situaba alejado de los demás, en un rincón incómodo donde le costaba encajar sus grandes lienzos en blanco, y extendía con morosidad los útiles de pintura, creando una disposición única por la que perdía un tiempo impreciso. Aunque el maestro se enervara, no le reprendía por no inmiscuirse en sus costumbres. A diferencia de los otros, no llamaba nunca al pintor para consultarle. Era él quien se acercaba a ofrecerle sus consejos de consagrado, cuando cedía su inmodestia. Pasaba presuroso tras su espalda y le advertía, sin prestar atención al cuadro, previamente evaluado desde la lejanía, que las mezclas eran incorrectas. Retirado a una distancia prudencial, deseaba que viniera a suplicarle la proporción de pigmentos indicada. Las primeras tentativas del

alumno eran fallidas pero acababa solucionándolo y la cólera se infiltraba por el cuerpo del maestro con la amargura de los vómitos que se reprimen.

Los periodistas saludan al artista. Reconocen el espacio de exposición como si fuera el escenario donde sucede una noticia y dictaminan los ángulos significativos. «No en la habitación del cuadro individual», les aclara el dueño de los lienzos. Durante unos segundos recorren con un barrido de sus objetivos varios óleos y le dirigen un comentario ingenioso, seguro que sacado de antiguos catálogos: «Hay cierta metafísica en su luz». Él asiente divertido y les agarra cálidamente las manos, gesto que les conmueve. Enseguida descubren el núcleo en el que desenfundan unos focos que cambian la iluminación de los lienzos.

El aprendiz estuvo casi un año en el estudio. Durante ese tiempo no quiso asistir a las cenas que el pintor organizaba para favorecer el espíritu gregario de los alumnos. Tampoco participó en la exposición colectiva de fin de curso, alegando un breve tiempo en el mundo del arte. Frente al rechazo, se mostró airado pero no insistió.

Muchas veces accedía a sus pinceladas desde un altísimo minúsculo, fabricado en madera crepitante, desde donde controlaba a los discípulos a vista de pájaro. Un día de invierno

en el que el profesor tenía un catarro de ojos velados por una cortina de lágrimas y la consciencia diluida en los fármacos, lo contempló tiritando desde su atalaya. Durante unos segundos quedó hipnotizado por el movimiento de la mano del alumno al deslizarse por el lienzo. Al poco tiempo, quizá por el efecto de los fármacos, le pareció que no estaba. ¿Se habría ido? Se levantó de la silla para buscarlo mejor y siguió sin percibirlo. Si miraba detenidamente surgían nuevas zonas coloreadas en el lienzo. Las capas engordaban a una velocidad de vértigo, como si un viento arrastrase partes de la pintura de un lado a otro y el paisaje de lo pintado se deformara según unos agentes naturales que anidaban en el propio cuadro. A los veinte minutos descendió del altísimo para descubrir qué pasaba. El alumno se asustó al verlo aparecer de súbito. Al contemplar el óleo de cerca, sus párpados se cerraron automáticamente. La visión parecía idéntica a lo que escrutaba desde arriba y sin embargo notaba que carecía de una parte, como si hubiese sufrido una sustracción que lo dejara más material y helado, igual que cuando acaricias un cuerpo recién muerto y asombra la pérdida del calor de la vida. Avergonzado, le recomendó más carmín. Él torció el gesto, y respondió: «No, quiero que sea visceral». Esa noche hizo dos veces el amor con su mujer. Ella se mostró

sorprendida; hacía mucho tiempo que el sexo se había convertido en una evidencia más de la rutina. Cuando se durmió, él abrió a su estudio para pintar de una manera enloquecida.

Aquel estímulo supuso la aceleración necesaria para la serie que inaugura ese día. El maestro observa a través del cristal de la entrada a las autoridades que subvencionan sus eventos de arte. Descienden de un coche negro, parapetados por los guardaespaldas, y le sonríen desde fuera, con una borrosidad por la lejanía que vuelve dulces sus facciones.

Tres meses antes de la muestra, el alumno apareció con un lienzo de cinco por tres metros que le ayudaba a transportar su padre, un fornido y bronceado jurista que felicitó al maestro por los progresos de su hijo. Le solicitó hablar a solas y se sentaron en el altísimo uno enfrente del otro. Pagó el mes siguiente por adelantado. Después le comunicó, con una voz taimada que trataba de disimular su alegría, que era el último mes. «Le he convencido de que busque un trabajo serio. Ha fracasado en los estudios, yo sospecho que estaba demasiado absorbido por la pintura. No quiero desilusionarlo, usted sabe como yo que no sabe pintar. Heee... hemos colgado en casa varios de esos manchurroneos sin orden ni concierto. Dios, hay tanta materia en ellos que se podrían caer al suelo. Muchas

gracias por su trabajo, supongo que habrá sido duro enseñar a un alumno tan difícil».

Mientras le sirven un champagne descubre al padre del alumno en la muestra de su obra. Ha perdido el bronceado y pasea ausente entre los cuadros. El pintor deja de atender a la elegante concurrencia de amigos y admiradores, para centrarse en el recorrido del padre por la diáfana sala. Solo despierta cuando uno de ellos choca su copa con la suya, alertándolo del brindis.

El día que el alumno se enfrentó al enorme lienzo, él le recomendó que eligiera una fotografía para que trabajase una imagen real. «¿Le ha convencido mi padre, verdad?», le reprochó el aprendiz con acritud y seguidamente le explicó: «Cuando cierro los ojos siento que todo se aleja a gran velocidad, como si hubiera pasado algo grave en algún sitio de mi memoria. Quiero pintar esa sensación, la herida donde las imágenes empiezan a ser olvidadas». Durante toda la tarde pintó con arrebatos. Una fuerza oscura incendiaba sus ojos. Lo que pintaba le poseía, era una lucha contra sí mismo. Por la noche, en soledad, el maestro escrutó concienzudamente la primera capa. Su discípulo había creado una sutil hibridación entre transparencias y empastes. La herida era una sutura dehiscente que parecía tener los bordes quemados y las imágenes del recuerdo se mostraban a modo de claridades que navegaban por un espacio opresivo.

Con un paso certero, el padre ha entrado a la sala que el pintor ha evitado todo el tiempo, presidiendo por el cuadro de medida cinco por tres metros.

El alumno no volvió. La primera semana el maestro se dijo que estaría enfermo. A las dos semanas la inquietud se aposentó en su interior. Pasadas tres semanas llamó a su casa para convencer al padre de que lo dejara volver, el alumno podía llegar a ser más renombrado que él mismo. Tras varias llamadas, la madre cogió el receptor y, entre sollozos, le reveló que el alumno se había lanzado desde la terraza de su edificio la misma tarde que trajo el lienzo. Durante una semana cerró la academia y se esforzó por completar la pintura con alguna pincelada, pero se fundían unas con otras y era doloroso diferenciarlas.

Antes de entrar en la sala del cuadro solitario los invitados, que se despiden de la inauguración finalizada, felicitan al pintor y le aseguran que ha abierto una nueva etapa para su creatividad. En el interior solo queda el padre, que se da cuenta de que está detrás sin darse la vuelta. Con un sonido que expresa más que cualquiera de sus palabras, su voz aúlla desde un lugar caliente y viscoso, un magma que disuelve lo que encuentra:

«La herida que usted ha pintado parece que devora los recuerdos. Si hubiera sido tan bueno como usted, le hubiéramos animado a seguir».